



LA NUBE Y LA VENTANA.

POR JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI.

Aquel día, como otros, después de tomar café, salieron de paseo por el muelle, el marino, el pintor y el médico. El aire tenía dulzuras de vino generoso y la luz color de membrillo maduro.

—Miren ustedes qué nube—dijo el médico, observando el firmamento—:

—Magnífica nube—intervino el pintor—. ¿Dónde, dónde he visto yo una nube tan bella? ¿Tal vez en un banquete del Veronés o en una escena religiosa de Palma *el Viejo*?... Fué en un techo de Tiépolo... Hércules llega triunfador en su carro y hay una nube así como ésta.

—¡Qué nube! ¡Qué nube!—exclamó el marino—. Me recuerda los cielos del Ecuador cuando, navegando de joven, pasábamos con el barco de un hemisferio al otro.

—¿De dónde habrá venido esta nube?—preguntó el pintor—, porque de Bilbao se ve en seguida que no es... por la cara y el tipo, y cuidado que es bonita— y volvió a mirarla.

La nube se esponjó tontamente, taraceando de platas prematuros las aguas.

—Estas nubes tan blancas y hermosas son siempre buen tiempo en la mar—opinó el marino con nostalgia.

—Pero son traidoras para los enfermos después de los días de lluvia— completó el médico.

—Qué delicia tan conmovedora la del cielo—suspiró el pintor—; ahora que los bilbaínos hemos dejado de ser millonarios y no tenemos nada qué hacer, debiéramos dedicarnos a mirar más a lo alto. Nuestros mayores se pasaron la vida mirando al suelo; tenían la obsesión minera; eso ya no sirve para nada; los nietos de los *ferrones* debemos mirar al cielo... ¡Cómo apacigua el cielo! Y el pobre pintor casi lloraba.

—¡Vaya! ¡Vaya!—intervino el médico—; la cosa no es para ponerse así.

—Me parece que va a saltar el Nordeste y barrerá el cielo y no veremos más esa nube— se dolió el marino.

Continuaron su paseo.

En el *block* azul las embarcaciones echaban la rúbrica sencilla de sus estelas, y entre muelles todo tenía un ritmo pacato.

—Cómo apacigua el cielo—repitió quejumbroso el pintor—. A la hora de las grandes amarguras, los pueblos que no han sentido la llamada celeste son pueblos perdidos. La Diputación debería crear el puesto de «vigía celestial». Este hombre tendría como único cometido escudriñar el cielo.

—Preveo a todos los parados solicitando ese cargo—bromeó el médico.

—Valdrían muy pocos—completó el pintor. Para mirar al cielo se necesitan ojos de poeta. Llevaría las altas y bajas estelares en un libro.

—¿Cómo en un cuaderno de bitácora las navegaciones?—, apuntó el marino.

—Eso es; sería el cuaderno de bitácora del cielo... Hemos puesto nuestro amor en la tierra y en las cosas menudas de la tierra y ahora sentimos una gran soledad— continuó el pintor—; tenemos más que nunca que mirar a lo alto y familiarizarnos con el cielo.

El médico consultó su reloj.

—Vaya, señores, adiós; que me espera un enfermo.

—Recétele reconstituyente de cielo y curará—chirigoteó el pintor, y se separaron.

—Qué simpático me es este pintor—confesó la nube—se ve que es un alma sensible.

—No se fíe, no se fíe usted de los hombres— le dijo la brisa al oído—; al mejor hay que tenerlo a distancia.

—Conmigo se han portado siempre muy correctos; ahora mismo me estaban haciendo grandes elogios.

Permaneció mirando a una ventana cerrada. Era la ventana más hermosa de un palacio.

La nube hizo todas esas cosas que hacen los enamorados en presencia de su amor; pero la ventana no se abría.

—Ventana, ventanita, linda ventana, ¿cuándo te casas conmigo?